

# EDIPO

En la próspera ciudad de Tebas reinaban Layo y su esposa, la reina Yocasta. La pareja, en cambio, vivía con un gran temor, pues un oráculo de los dioses, a través de Tiresias, el adivino de la corte, había predicho que, si concebían un hijo, este mataría a su padre y se casaría con su madre. Sin embargo, la mala suerte quiso que la reina quedara encinta y le diera a Layo ese temido hijo. El rey, temiendo por su vida y sabedor de que los oráculos de los dioses siempre se cumplen, quiso deshacerse del recién nacido y lo entregó a un criado para que lo abandonara en el monte Citerón, donde moriría de frío o devorado por las fieras.

En efecto, el criado se dirigió con el niño al monte y le ató o le taladró los pies para que de ninguna forma pudiese moverse. Pero, finalmente, contemplando a la desvalida criatura, se compadeció de él y lo entregó a unos pastores que acertaron a pasar por allí y que eran servidores de los reyes de Corinto, Pólibo y Peribea. Los pastores llevaron al niño a Corinto y lo entregaron a los reyes, que no tenían hijos. De esta manera Edipo (a quien los reyes dieron ese nombre por tener los pies deformes e hinchados, pues eso significa el nombre de Edipo) creció y fue educado como hijo de los reyes y príncipe de Corinto, sin revelarles la verdad de su origen.



Siendo ya un hombre, salió en persecución de ciertos ladrones que habían robado unos caballos. Edipo llegó a un estrecho desfiladero por el que solo podía pasar un carro, pero se encontró con otro carro que venía en sentido contrario. Su conductor pidió a Edipo que se apartara, pero este se negó. Se estableció entonces una disputa y una pelea a consecuencia de la cual Edipo acabó con la vida del cochero y de cierto pasajero que viajaba en el coche, quedando tan solo vivo uno de los criados.

Se cuenta que Edipo conoció más tarde en un viaje a Delfos la maldición que pesaba sobre él: que mataría a su padre y casaría con su madre. Así que, intentando evitar cualquier mal a Pólibo y Peribea, a quienes él amaba y creía sus verdaderos padres, se desterró de Corinto y se dirigió a la ciudad de Tebas.

A las afueras de Tebas, sobre una alta peña, vivía la Esfinge, un terrible monstruo con cabeza de mujer y cuerpo de león, que planteaba a todos los caminantes un curioso enigma: *“¿Cuál es el animal que primero anda con cuatro patas, luego con dos y finalmente con tres, y que cuantas menos patas tiene más débil es?”* Quienes no

eran capaces de responder al acertijo, eran devorados por la Esfinge, que tenía sobrecogida y atemorizada a la ciudad. También se lo planteó a Edipo, mas este, tras un momento de reflexión, dio la respuesta correcta: el ser humano, que al nacer gatea, siendo adulto se sostiene sobre dos pies y, cuando es viejo, necesita un bastón para caminar. La Esfinge, llena de rabia por el acierto de Edipo, se arrojó desde su peña y la ciudad quedó de esta manera liberada de tan terrible amenaza.



Así, cuando Edipo entró en Tebas, sus habitantes, llenos de alegría por la hazaña, ofrecieron a Edipo el trono de la ciudad y el matrimonio con la reina Yocasta, viuda desde la muerte del rey Layo. Aceptó Edipo, iniciándose de esta manera su reinado. Mas las alegrías duraron poco, pues una terrible peste se abatió sobre la ciudad cuyos habitantes morían por centenares. Así que los ciudadanos de Tebas se dirigieron a Edipo, a fin de que este encontrara una solución a lo que estaba sucediendo.



Edipo envía entonces a Creonte, hermano de Yocasta y, por tanto, cuñado de Layo, a Delfos a consultar el asunto con el oráculo de Apolo. A su vuelta, Creonte comunica al rey la respuesta del dios: la ciudad está maldita, pues en ella habita el asesino del rey Layo. Al oír las palabras del dios, Edipo comienza a buscar desesperadamente al asesino, mas sus investigaciones no tienen ningún resultado. Convoca incluso al adivino Tiresias quien, a pesar de saber la verdad, se niega a contarla, tal vez por miedo a la reacción del rey. Edipo sospecha de todo y de todos; llega a pensar incluso que la muerte de Layo había sido planeada por Tiresias y el

propio Creonte para hacerse con el trono.

Entonces la reina Yocasta pone en duda las dotes adivinatorias de Tiresias y afirma que sus vaticinios sobre su hijo han fallado: Layo no pudo morir a manos de su hijo, puesto que este, por orden del propio Layo, había sido abandonado por uno de los criados en el monte Citerón y no era posible que hubiera sobrevivido; Layo, sin embargo, había muerto en una pelea que se había producido en un desfiladero. Edipo, al oír hablar del desfiladero, se sobresalta y, para confirmar las palabras de Yocasta, manda llamar a uno de los criados que habían acompañado a Layo en aquel viaje y que había sobrevivido a la pelea; el criado resulta ser el mismo que había recibido la orden de abandonar al niño en el monte.

En este punto, un mensajero llega al palacio real de Tebas para comunicar a Edipo que Pólipo, el rey de Corinto, acaba de morir. La noticia entristece a Edipo, pues cree que Pólipo es su verdadero padre; pero, por otro lado, se siente aliviado pues considera que la maldición que pesa sobre él no se ha cumplido, puesto que el rey de Corinto ha muerto de muerte natural. Pero su maldición tiene una segunda parte: casarse con su madre, la reina Peribea. Mas el mensajero dice a Edipo que no debe inquietarse, pues él, Edipo, no es en verdad hijo de Pólipo y de Peribea, sino que

había sido recogido por unos pastores y había sido entregado al rey, que lo había criado como a un hijo. El criado de palacio confirma la verdad de la historia.



Edipo descubre entonces la terrible verdad que todas las pruebas confirman: el es el hijo de Layo y su asesino, y Yocasta es, en verdad, su madre. La reina Yocasta, al saber que se ha casado con su hijo, el asesino de su marido, se ahorca, y el desdichado Edipo, que no quiere seguir viendo la verdad, se perfora los ojos con un broche del vestido de Yocasta y, horrorizado, se dispone a

abandonar Tebas. En su destierro y hasta el final de sus días en la tierra lo acompañará y lo guiará su hija Antígona, quien heredará la maldición que pesa sobre la casa real de Tebas. Pero esa... es otra historia.

